

SUÁREZ GONZÁLEZ, Ana

Fragmentos de libros. Bibliotecas de fragmentos

Instituto de Estudios Zamoranos “Florián de Ocampo”.

Zamora, 2003, 127 pp.

El estudio y conocimiento de los

manuscritos medievales hispanos está dejando de ser una disciplina circunscrita a un selecto reducto de investigadores y comienza a gozar, en los últimos años, de los favores del gran público. Una de las primeras ediciones de la macroexposición *Las Edades del Hombre*, la desarrollada en Burgos en 1990, estuvo dedicada a los libros y documentos de las diócesis de Castilla y León. En el año 2001, otra muestra celebrada en Tábara -por citar un caso

cercano a nuestra comarca-, centrada en el universo de los *scriptoria* monásticos, contó con más 12.000 visitantes.

Pero no acaba aquí esta popularidad. En estos días asistimos -no sin cierta perplejidad por parte de quien escribe estas líneas- al desembarco en los kioscos de una edición íntegra facsimilada del *Beato* de la Pierpont Morgan Library, o *Beato* de San Miguel. La obra se ofrece en fascículos, acompañados de un sesudo estudio introductorio del mismísimo Willians. Un texto milenario, escrito en latín e iluminado por Magio, probablemente en el *scriptorium* de Tábara, comparte expositores y anaqueles con la prensa más amarilla y toda suerte de coleccionables de moda.

Es evidente que el interés por los *beatos* se fundamenta en la belleza material, caligráfica e iconográfica, inherente a sus folios miniados, pero también a su prestigio internacional como exponentes del milenarismo y a su condición de obras primigenias, únicas e irrepitibles. De esta forma, mientras unos coleccionan los objetos más irrelevantes e inconfesables, otros acudirán puntualmente a su cita con el vendedor de prensa a recoger una nueva entrega, eso sí en rigurosos cuaterniones, como mandan los cánones, de este preciado códice.

Pero el universo de los *beatos* no deja de ser un modesto territorio, escasamente transitado y reducido a un puñado de ejemplares. La evidencia de que son habas contadas, obliga a los investigadores a buscar otras fuentes de aprovisionamiento a fin de reconstruir, siquiera someramente, el panorama de la producción libraria altomedieval. Una de ellas, muy sugerente, es el análisis de los fragmentos de códices dispersos por archivos y bibliotecas. Una tarea que ha tomado auge, y se está convirtiendo en

una disciplina con entidad propia dentro de la codicología: la *fragmentología*. La progresiva inventarización y catalogación de los fondos librarios y documentales es la base sobre la que se cimienta esta labor. El intento de reconstrucción de esta diáspora libraria proporciona eventualmente felices hallazgos como el que nos ocupa.

El punto de partida del libro que comentamos es el hallazgo de un fragmento librario bastante deteriorado en julio de 2002 en el Archivo Histórico Provincial de Zamora. Se trata dos folios escritos en letra visigótica, sucios y repletos de pruebas de pluma y garabatos, y signados con los números 276 y 277. Pertenecen, como resuelve la autora, a un *Comentarium in Apocalipsyn*, obra que se ha venido atribuyendo tradicionalmente al clérigo Beato, que habría compuesto el texto original en la región de Liébana en el siglo VIII. En definitiva, estamos ante un nuevo *beato*.

Los folios en cuestión forman parte del conocido como fondo de *Pergaminos musicales*, una colección facticia integrada por fragmentos de diversa procedencia y naturaleza. En una gran parte el origen de este fondo está en las encuadernaciones y refuerzos de los protocolos notariales, para cuya confección se recurría al *pergamino viejo*, eufemismo que encubre el tráfico y compraventa de viejos códices desmantelados procedentes de iglesias y monasterios.

No es esta la primera vez que el archivo zamorano proporciona hallazgos relevantes de este tipo. Entre las guardas de un protocolo notarial de Benavente se hallaron en 1986 tres pliegos en pergamino, escritos por ambas caras, que contenían parte del fuero concedido por Alfonso IX a Castroverde de Campos y su alfoz en 1201. Los pergamino correspondían a una copia del siglo XIV (posterior

en cualquier caso a 1327), en letra de privilegios, e incluía las versiones latina y romance del mencionado fuero junto a otros documentos.

Volviendo sobre el trabajo de Ana Suárez González, su discurso se articula en una introducción, tres capítulos y un apéndice, completándose con un prólogo a cargo de Florián Ferrero y el repertorio de fuentes y bibliografía. Su publicación estuvo precedida en el tiempo por otros artículos en los que se daba a conocer el hallazgo del *beato* y se avanzaba un primer estudio; concretamente en el Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos “Florián de Ocampo” de 2001 y en la revista *Hispania Sacra* de 2003 . El ejemplar que se reseña en estas líneas es una edición conmemorativa para el II Congreso de Historia de Zamora, ignorando si existe otra versión del texto que no sea la presente.

El primer capítulo arranca con una amplia reflexión general sobre la naturaleza de los fragmentos de libros manuscritos, reivindicando su interés para los estudios codicológicos. Se completa con un análisis pormenorizado de las piezas de este tipo conservadas en el Archivo Histórico Provincial de Zamora. Son un total de 283 unidades físicas, dos tercios de las cuales corresponden a textos con notación musical, de ahí su catalogación como *pergaminos musicales*. Los fragmentos librarios remiten, al menos, a 100 unidades codicológicas de procedencia diversa, datables entre la primera mitad del siglo X y el siglo XVIII. Se trata, asumiendo la definición de la propia autora, de una *biblioteca de fragmentos*, en la que sobresalen los libros litúrgicos. Varios de los ejemplares estuvieron iluminados con bellas miniaturas, que sirven de ilustración a un libro muy cuidado en su edición.

El segundo capítulo ofrece un estado de la cuestión sobre el estudio de los *beatos* hispanos, proponiendo un nuevo *corpus* provisional de los mismos. Con la incorporación del recién llegado, se conservarían entre treinta y cinco y cuarenta volúmenes en todo el mundo, dependiendo de los criterios empleados en el recuento. Los folios zamoranos carecen de miniaturas, aunque todo apunta a que pudo tenerlas en algún momento. La datación cronológica, al margen de sus caracteres formales externos, está basada en el análisis paleográfico y en el cotejo de los fragmentos de texto conservados con las distintas variantes o prototipos existentes. En base a todo ello la autora lleva el códice a la primera mitad del siglo X. Estaríamos, por tanto, ante uno de los primeros beatos conocidos, que tal vez haya que poner en relación con otros vinculados a estas tierras, como el de San Miguel, Gerona, o el de Tábara.

En el tercer capítulo se intenta reconstruir la azarosa historia de este códice, desde su primitiva confección hasta su llegada al archivo zamorano. En este laberinto, el hilo de Ariadna de nuestro beato apunta, tal vez, a San Martín de Castañeda. Pero esta cadena de peripecias cuenta con varios eslabones perdidos, por lo que la atribución a un supuesto *scriptorium* del viejo cenobio sanabrés está aún en el aire, y no deja de ser una hipótesis aunque, eso sí, muy sugerente y evocadora. La autora hace un intento de reconstrucción de este *scriptorium* a partir de las fuentes epigráficas, de los documentos conservados de su archivo y de otros códices, como el *Tumbo* de los siglos XII-XIII.

El apéndice consiste en la descripción y transcripción de los mencionados fragmentos 276 y 277 del Archivo Histórico Provincial, acompañado todo ello de

una reproducción fotográfica, a página completa, de los dos folios.

En conclusión, el libro de Ana Suárez González, es un trabajo serio y riguroso que nos presenta una nueva pieza en el puzzle de los *beatos*. Es este, en cualquier caso, un mosaico complejo, con demasiadas piezas, de las que desgraciadamente manejamos una parte reducida. El nuevo *beato* zamorano arrojará, sin duda, nueva luz sobre el estado de la cuestión, pero la reconstrucción completa del árbol genealógico de prototipos, copias e imitaciones está aún lejos de lograrse.

Son muchas las incógnitas que rodean a este tipo de manuscritos, existiendo una especie de aureola de misterio en torno a ellos que sin duda ha contribuido a su encumbramiento. No siempre se nos consigna el *scriptorium* de procedencia o los copistas e iluminadores que trabajaron en ellos. En otros casos, los copistas e iluminadores que suscriben los colofones no se identifican con ningún personaje histórico conocido, o no se especifica cuál fue exactamente su cometido. La datación cronológica, cuando se expresa, ha dado pie a no pocas discusiones sobre su correcta interpretación. Ante la falta de otras noticias, la simple mención de un abad, presbítero o monje, o cualquier otro antropónimo, ha servido para construir toda una serie de hipótesis de imposible confirmación acerca de la trayectoria de estos códices.

En cualquier caso, el beato del Archivo Histórico Provincial de Zamora, si finalmente se confirmara su vinculación con San Martín de Castañeda, pone de relevancia un momento de eclosión monástica que afectó a diversas comarcas del norte de Zamora durante el siglo X. La existencia en varios de ellos de *scriptoria* no sería más que una consecuencia lógica de su esplendor cultural, económico

y artístico, y de su peso específico en el panorama social y político del reino astur-leonés.

RAFAEL GONZÁLEZ RODRÍGUEZ